

vada de las funciones psicológicas. La forma tangible de la sed de lo infinito, de la aspiración de progreso. La manifestación de aquel sentimiento que destaca con un nimbo la frente del hombre en el marco oscuro de los cráneos de la bestia. Con sinceridad, todo; sin sinceridad, nada. Con sinceridad el hombre es Prometeo, es Icaro, es Hércules, es Júpiter mismo; sin sinceridad es un reptil que se arrastra en el fango de su carne. La sinceridad del hombre de genio es el dedo de Dios que marca el rumbo á los pueblos. Sin ella, los pueblos se extravían, porque el dedo de Dios ya no les señala los rumbos.

Pero esa sinceridad, esa columna de fuego que guía á través del desierto á las muchedumbres hacia la tierra prometida, hacia una nueva etapa de progreso, no es patrimonio del vulgo. Para el vulgo no hay más sinceridad que la verdad de segunda, de tercera, de centésima, de millonésima mano. La verdad de sus sensaciones, de sus representaciones y de su voluntad, y la verdad de sus pastores. Esa verdad, hay, como sentimiento, que sugerirla en los ideales de los niños, y que inculcar en sus hábitos. Porque es una útil condición para la lucha por la vida.

La mentira debe castigarse como el más grave de los delitos de la infancia. Es la falta más consciente: todos sabemos cuando mentimos. Y es el hábito más pernicioso para el que miente y para aquel á quien se miente. Nadie ignora que se perjudica en términos generales á quien se engaña; pero creo que quien más se perjudica, no es el engañado, sino el engañador. No es preciso recurrir al precepto cristiano de «no hagas á tu prójimo lo que no quieras que te hagan á ti mismo», para comprender lo exacto de esta afirmación. El hombre que acostumbra á engañar á todos, sea ó

no sea creído por los demás, acaba por engañarse á sí mismo. El es su primera víctima. Nunca poseerá un carácter firme, pues disimulando á los extraños, disimula á su propia conciencia sus defectos y debilidades, que se representa como mérito, y que por ello jamás hará el menor esfuerzo para corregir, sino para alentar. Para ser leal consigo mismo, es necesario ser leal con los demás. Y el desleal corre este peligro supremo: ¡que él sea el primer engañado por sus propias mentiras!

II. *Modestia.*—El hombre nace con sentimientos y necesidades personalísimas, egoístas, imperiosas. Pero destinado por múltiples circunstancias á vivir, desde la hora del nacimiento, en contacto con sus semejantes, debe modificar su egoísmo antisocial disciplinándose, *empequeñeciendo su personalidad en relación al medio ambiente.* Esto es, psicológicamente, á mi juicio, el sentimiento de la modestia. Altruismo, caridad, disciplina, prudencia, respeto, urbanidad, sobriedad, reserva, discreción, pudor, decoro, sencillez, naturalidad, etc., etc., son derivados ó coparticipes ó matices del sentimiento fundamental que se ha llamado modestia... Se puede decir que el hombre es un animal sociable, porque combate, por su propio interés, sus sentimientos antisociales. En tal sentido, la modestia es la condición de la sociabilidad. ¡Sagaces psicológicos fueron los redactores de los estatutos de las universidades medievales, que reglamentaron bajo el simple epígrafe de «modestia», la disciplina, la jerarquía, el traje, los modales y las costumbres de los *scholaribus!*

La modestia es, en el mediocre, lo que la sinceridad es en el hombre de talento. Es modesto quien se contenta con la verdad común, sin enjaezarla como las mulas de feria. Es modesto quien se reduce á su es-

fera, sin mentir ni mentirse grandezas. Y así como en el hombre grande la sinceridad es la sabiduría, en el mediocre, la sabiduría es la modestia. Con la sinceridad, aquél marca los rumbos; con la modestia, éste los sigue.

Serio defecto es, en un niño, la irrespetuosidad continua para con sus superiores; revela un fondo de bajeza y grosería. El mejor modo de imponerle el respeto es con el ejemplo y la palabra. Todo hombre que lleva en sí un principio de superioridad, comienza, en la adolescencia, por buscar sus ídolos. Diríase que, como no puede hallar todavía en él esa superioridad que tiene latente y en forma de vaga aspiración, la concreta en un extraño. Los hombres de talento, de niños, encuentran generalmente sus ídolos en el pasado; un César en un Alejandro; un Kant en un Rousseau; un Wagner en un Beethoven. Los varones ilustres de Plutarco fanatizan, en su juventud, á todo futuro varón ilustre. El superhombre llega aún, en su iniciación, á identificarse con admiración en éste ó aquél precursor, á quien, casi sin saberlo, imita. Luego en la adolescencia, cuando produce sólo, suele romper de un puntapié sus antiguos ídolos. Parece que se encarnó primero con ellos, para poderlos sobrepasar después. Así, en el educando mediocre debe exigirse el respeto para todos; en el superior, siquiera para algunos.

La petulancia, el *exhibicionismo*, las jactancias de prematura hombría, todo es inmodestia; y la inmodestia hace al hombre falso é inútil. Quien de niño se toma libertades de hombre, de hombre se tomará libertades de niño. Y no de niños irresponsables, sino de hombres responsabilísimos debe componerse toda sociedad sana y progresista.

III. *Trabajo*.—Muchas veces he pensado que el

progreso de las naciones, y aun sus sentimientos y su moral, están en razón directa de la actividad de los individuos. Que aun de la actividad para el mal, resulta un recrudecimiento en la lucha por la vida, del cual siempre la sociedad gana en experiencia y disciplina. En una palabra; creo que, en un pueblo que no ha caído en la locura, es más útil un bribón activo que no un hombre honesto indolente. Pues el bribón, á diferencia del indolente, provoca reacciones, sentimientos é ideas: estimula el trabajo social. Y del trabajo social depende el progreso.

La mejor condición de moralidad de un hombre es saber trabajar. Quien lo sepa, no recurrirá fácilmente al fraude, aunque carezca de ideales, pues es más cómodo ser hombre honrado que ser pícaro.

La potencia productora de un hombre es el coeficiente de sus hábitos de trabajo. Para trabajar bien, es necesario tener la costumbre de trabajar. Un hombre bien intencionado que carece de hábitos de trabajo, en el momento en que se vea requerido por muchas tareas se ofusca y se quiebra. Los hábitos de trabajo hacen *la disciplina del trabajo*. La disciplina del trabajo es el único preventivo contra el fracaso y la neurastenia. La disciplina del trabajo constituye un verdadero poder de ordenamiento y clasificación.

El derroche y la avaricia son dos pésimas condiciones para el trabajo. Puede combatirse el espíritu de prodigalidad en las escuelas, fomentando las cajas de ahorro escolares, que en Britania, Norte-América, Alemania y Bélgica, se llaman *pennies banks* («bancos de peniques»). Los maestros pueden estimular á los niños con un interés cualquiera á que depositen semanal, quincenal ó mensualmente su pequeño óbolo, cada cual, según sus medios.

La avaricia, que es un instinto antisocial, se ataca en las escuelas, patrocinando asociaciones estudiantiles, literarias y de juegos atléticos, que exigen de sus miembros ciertas cuotas de ingreso y periódicas.

IV. *Carácter*.—El carácter es la resultante de la herencia, los ideales y los hábitos.

Para desenvolver la *fuerza de voluntad*, la ayuda propia (*self help*), es necesario que los educadores tengan siempre presente: que no debe constreñirse el ejercicio de la voluntad, sino en los casos extremos; que la disciplina no debe aplanar las individualidades, sino, por el contrario, prestarles un punto de apoyo para que resalten mejor; que no deben intervenir en las querellas ni dificultades individuales de los niños; que débeseles dejar que usen de sus puños en defensa propia, sin intervención de las autoridades, salvo cuando el desorden fuera mayúsculo, para que aprovechen en esas riñas inolvidables lecciones para las batallas de la vida; que las discrepancias apasionadas de opiniones y sentimientos filosóficos, políticos y religiosos, más que una índole pendenciera, prueban en los niños su actividad de sentir y pensar; que la delación es el peor de los sistemas de disciplina, porque deforma el alma; que es preferible que el maestro ignore las faltas de sus discípulos, á que dé oídos á las quejas y acusaciones de sus compañeros...

¡Hombres y pueblos fuertes en palabras y débiles en brazos, sólo los ideales de verdad podrán arrancaros el énfasis engañoso de vuestras palabras, y los hábitos del esfuerzo fortalecer los músculos femeninos de vuestros brazos! Porque virilizados vuestros músculos, serán más veraces vuestras lenguas. Porque veraces vuestras lenguas, trabajaréis en el bloque de los

hechos, y no divagaréis ¡oh imbéciles fumadores de opio! entre el humo asfixiante de vuestras pipas...

Cuando se trata de sugerir á un niño ideales é inculcarle hábitos, no importa que no entienda, ni pueda entender á sus años, toda la conveniencia de esos hábitos, la trágica verdad de esos ideales. Basta que los anote en su memoria infantil como ejemplos que sus mayores consideran hermosos, acaso como fórmulas ininteligibles, como sistemas caprichosos. Pues más tarde, después de pasada la pubertad, y aun más tarde, en las luchas de la vida, durante el apogeo de su desarrollo, y todavía más tarde, hacia el crepúsculo, más de una vez los sacaré, para aliviar su cansancio ó mitigar sus penas, del archivo de su alma. Repetirá su letra, y entonces—¡precisamente entonces!—comprenderá su espíritu. Es necesario salir del hogar, para saber cuánto debemos al hogar. Es necesario salir de las aulas, para saber cuánto debemos á las aulas. No me ha admirado el hallar, en las capillas de Cambridge y Oxford, ciertas pequeñas urnas que encierran, por disposición testamentaria expresa de hombres buenos y grandes que allí se educaron, su corazón, pulverizado por el tiempo. Porque allí se formaron los ideales que les dieron rumbos, los hábitos que les dieron biceps.

II.—EDUCACIÓN DEL CARÁCTER NACIONAL

§ 52. *Aspectos diversos del problema de la educación respecto al del «carácter nacional»*.—Problema el más profundo, el más difícil, el más importante de

cuantos puedan ocupar la mente del sociólogo, es el de la educación del *carácter nacional*. Triviales y secundarias resultan á su lado todas las cuestiones políticas, monetarias, administrativas. ¿Qué provecho reportarían al porvenir de un país, una excelente hacienda, una sensata organización, una hegemonía sobre las naciones circunvecinas, si su pueblo estuviera destinado á poseer, en día próximo, un carácter baladí, charlatán, quijotesco, inactivo, torpe hasta calmar todas sus hambres con pueriles satisfacciones —*panem et circenses?*—¿Qué importaría, por otra parte, una organización deficiente, una política débil, hacienda agotada, costumbres perniciosas, absurdos prejuicios, para un pueblo que poseerá mañana un espíritu de hierro, incansable en el trabajo, valiente en sus concepciones, fecundo en todas sus actividades? El *carácter nacional* es el problema del futuro.

Para proceder con orden perfecto, sería necesario estudiar en cada país la cuestión bajo todas sus fases:

Definir lo que en sociología debe entenderse por *carácter* de cada sociedad;

Resolver si el pueblo en cuestión, como una perfecta entidad social, posee un carácter;

Determinar el carácter que posee, su estado de evolución, acaso de génesis, y los factores que lo producen;

Analizar el problema de la posibilidad de mejorarlo;

Verificar el poder de la educación para proceder á la formación del *carácter nacional*, dado que éste se halla, como testifica la historia de todos los países y, á pesar de cierto fondo casi invariable, en continuo estado de evolución.

En general, pueden resolverse *a priori* estas cinco cuestiones del modo siguiente:

Toda sociedad perfecta posee un alma, un carácter que la retrata;

Del estado de evolución de la sociedad, depende la relativa estabilidad de su carácter presente, según diversos fenómenos de prosperidad, homogenización, decadencia y otros;

Determinar ese carácter, es la obra compleja de la sociología, la fisiología social, la economía y la crítica histórica y literaria;

Siempre existe posibilidad de mejora, porque el espíritu humano es siempre susceptible de aspirar á su perfeccionamiento;

La más fuerte palanca de reforma es la educación, por sus proyecciones necesarias sobre lo por venir.

§ 53. *Importancia que la escuela pedagógica individualista atribuye á la educación sobre el «carácter nacional»: antítesis que presentan las naciones americanas.*—Indudablemente se exagera la influencia de la educación sobre el *carácter nacional*; á pesar de lo profunda que es en la realidad, la teoría suele hacerla aún mayor. El mejor ejemplo del fenómeno de su influencia social, y su exageración crítica, lo hallo en la escuela inaugurada por Demolins en Francia, y que llamaré aquí *anglo-individualista*, en razón de su objetivo y sus doctrinas. Estas doctrinas deben considerarse verdaderas en cuanto á su aplicación práctica, pero inexactas en cuanto á sus argumentos científicos. Así, pues, conceptúo una paradoja aquello de que la «decadencia francesa» tenga por *causa* la «inferioridad» de su sistema de educación, porque pienso que esta «inferioridad», si existiera, sería una de

las más graves *consecuencias* de los profundos factores etnográficos y geográficos, históricos y climatéricos de aquella «decadencia», si la hubiese...

En el libro más popular de esta escuela se han aplicado sus teorías á Sud-América, y aun en especial á la República Argentina, en párrafos que á continuación transcribo:

«Para evitar las vacilaciones, los errores, los graves equívocos (respecto á la mejora de la educación), es necesario dejarse guiar por la experiencia. Y puesto que nosotros (los franceses) no encontramos esta experiencia en nuestro país, donde la educación está mal orientada, debemos buscarla en otra parte. Debemos imitar pueblos que han vencido esa dificultad, y que educan niños capaces de proceder por sí mismos y fuera de toda dependencia de los padres, los amigos, las relaciones, la administración...

»Pues esos pueblos existen, y es necesario ser ciego para no verlos. Son aquellos que conquistan actualmente el mundo, que lo civilizan, que lo colonizan, que en todas partes hacen retroceder á los representantes del antiguo régimen social y que verifican prodigios por la sola acción de la iniciativa particular, por la sola potencia triunfante del hombre entregado á sí mismo. *Y si queréis, por un solo ejemplo, comprobar inmediatamente la diferencia entre los hombres formados por el nuevo método y los hombres formados por el antiguo método, que desgraciadamente es todavía el nuestro, comparad lo que los primeros han realizado en la América del Norte y lo que los segundos han hecho en la América del Sud.* Es el día y es la noche; es el blanco y es el negro; es, de un lado, la sociedad que se lanza hacia adelante, hacia el mayor desarrollo co-

nocido de la agricultura, la industria y el comercio; es, del otro, la sociedad retenida hacia atrás, atada, estancada en una perezosa vida urbana, en el funcionarismo, en las revoluciones políticas. En el Norte, es el porvenir que surge; en el Sur, es el pasado que se va.

»Y bien; ese pasado se va, que ya esa desgraciada Sur-América está invadida por los robustos retoños del Norte, quienes comienzan á apoderarse de las mejores industrias rurales, abandonadas por la incuria española ó portuguesa; quienes comienzan á acapararse de los ferrocarriles, los bancos, la gran industria, el comercio.

»En nuestra última Exposición Universal, yo he conversado de esto con el presidente de la sección de la República Argentina. El me hablaba de esa intromisión del inglés y de su hermano el yanqui; y se desolaba, y se lamentaba, y recriminaba como hacen los débiles; porque eso es más fácil que someterse al régimen de los fuertes (1).»

¿Qué joven argentino puede leer esas líneas sin sentir el corazón oprimido? Y al decir argentino, no quiero referirme ni al gaucho inculto de las Pampas, ni al casi indígena de la región andina y el septentrion de la Mesopotamia, ni al afeminado paseante (empleado ó rentista) de la calle Florida ó de cualquier suburbio. Me refiero á la sangre sana que se haya salvado del oscurantismo del caudillaje y, especialmente, á la sangre rejuvenecedora—¡regeneradora!—de la inmigración, no de la inmigración turca, bohemia ó africana (la africana es, por desgracia, más numerosa de

(1) Véase E. Demolins, *A quoi tient la supériorité des Anglo-Saxons*; París, 1897.

lo que se piensa, y sólo rara vez es negra), sino á la inmigración de pueblos de razas que progresan.

¡Cuán triste, cuán inmensamente triste debe parecerle el cuadro transcrito! Es un cuadro superficial, es un cuadro falso, yo creo, bajo el punto de vista científico de las «causas» (no es el antiguo régimen de educación, no, la *causa* de nuestra «inferioridad», que es una de las tantas *consecuencias* de más terribles «causas»); pero un cuadro que, en su misma falsedad científica, resulta más doloroso aún, por su verdad descriptiva. Esas causas veladas que el autor no conoce, ó no quiere conocer, son mucho más hondas que un mal régimen educatorio, pues son las causas históricas del régimen colonial...

§ 54. *Relativa importancia de la imitación en educación; caso especial de la República Argentina y de más países hispano-americanos.*—No obstante, ¿hasta dónde es posible llevar la *imitación* en la educación y con qué frutos? Como sabemos, autores hay que piensan que la actual grandeza de Inglaterra, Alemania y Norte América se debe exclusivamente á la educación. «Si los alemanes nos vencieron, es porque sus escuelas son superiores á las nuestras», han exclamado algunos franceses discípulos de Taine, extremando las conclusiones de su talento... «¡Imitemos, pues—se han dicho—aquellos modelos!» Pero, ¿cómo remedar un espíritu? Cualquiera puede copiar las ropas, y hasta las maneras y las formas externas de otra persona; mas, ¿quién puede apropiarse de sus sentimientos y sus ideales? ¿Quién se compromete á robar el alma de un extraño? Pues bien; los sistemas educatorios son las expresiones espontáneas, en cada país, de su alma. Empero si hay causas superiores que impulsan la

educación en tal ó cual rumbo, es indudable que, en especialísimas circunstancias, el esfuerzo individual para mejorar esa educación, *imitando* modelos extranjeros, puede dar óptimos resultados en ciertas sociedades. La sociedad argentina, por ejemplo, se halla en esas circunstancias especialísimas. Puede pensarse que su juventud, la inocuidad de sus tradiciones y, sobre todo, la inmigración, han hecho de su espíritu casi una tabla rasa, á la cual puede imprimir un sello cualquiera el pedagogo. En sus actuales condiciones, el problema de la educación—el problema de *formar el carácter nacional por medio de la educación*—es el más grave. Si en Francia, sociedad caduca y rebotante de prejuicios y pasiones, los esfuerzos aislados para mejorar el *carácter nacional* por medio de la educación—de la imitación de la educación sajona—son impotentes, esos esfuerzos pueden bien no serlo, por las razones apuntadas, en la República Argentina. No debemos desanimarnos.

Si es verdad que aquí predomina, en la educación privada, el pésimo sistema que Demolins clasifica de «antiguo» y de «francés», verdad es también que todos los sistemas se aplican, más ó menos excepcionalmente, en esta República Argentina, dada la heterogeneidad de *patrias*, razas y costumbres de sus habitantes. En general, en el grueso de la población los padres no tratan de dar independencia y criterio propio á sus educandos, ni les inculcan desde niños el sabio principio inglés, alemán y norteamericano de que se deberán formar á sí mismos, cualesquiera que sean la fortuna y posición social de la familia. Pero una reforma sería posible, dado que, á pesar de que esa gran mayoría aplica el mal sistema «latino», no falta quien ponga en práctica el sajón. Todo consistiría, para la

reforma, en dar en nuestro proceso nacional de *homogenización* la preferencia á un sistema de la minoría. En Francia ó en España no existe, para su desgracia, tal minoría.

No creo que la imitación tenga el profundo poder que le atribuye Tarde (Tarde la proclama, pienso, instintivamente para el bien de su patria, y de ahí el error científico, bien inspirado en un sentimiento grande); y no creo en la eficacia práctica que pueda tener en Francia la forzada imitación sajona, que con tanto calor apadrina el conocido libro de Demolins, y á favor de la cual se está produciendo en París un gran movimiento de opinión. Creo falsas ambas teorías: la general, contra el evolucionismo spenceriano, y la particular, á favor de la pedagogía inglesa. Pero pienso que en ciertos países jóvenes, la República Argentina, por ejemplo, la imitación puede dar óptimos resultados.

La grandeza de Francia, que nació con Vercingetorix, creeríase aminorada después de Bonaparte y Hugo. Creeríase que esa nación ha verificado ya su gran evolución y dado todos sus frutos, sus frutos de oro, á la civilización universal. En el transcurso de veinte siglos, la Francia se ha modelado ya un *carácter nacional*, que ninguna educación podrá destruir, ni modificar acaso. Después de Napoleón III, de Lesseps y de Dreyfus, vendrán sabe Dios cuáles innovaciones, que jamás será parte á detener la imitación, ni en política, ni en ciencias, ni en instrucción pública. ¡Diría lo mismo de España, nación antes gloriosa, pero que hoy pide, hambrienta y envanecida con los laureles del pasado, *pan y toros*, y por añadidura, á veces, zarzuelas! Pero ¡cuán diverso es el caso de la República Argentina!

En nuestro país, la imitación puede hallar un terreno fértil; las instituciones extranjeras encuentran una masa blanda, susceptible de adoptar las formas que le den unos dedos hábiles. Si en Italia, la joven Italia, surgida como un fénix de las cenizas de la vieja, la juventud presenta un hermoso campo casi «virgen» para la educación, según el testimonio de Edmundo de Amicis, ¿cuál no será la fertilidad que presenta la masa cosmopolita, de herencia psíquica cosmopolita, de nuestra población? La educación sajona, por ejemplo, hallaría aquí muchísimos niños de ascendencia sajona en quienes pudiera fructificar. No sucedería lo mismo en Francia seguramente, donde tanto se preconiza como un remedio universal para todos los males de aquella gran nación. Por esto podemos afirmar que en la República Argentina es el problema de la educación el primero, y que, por singulares circunstancias, tiene mayor trascendencia aún que en cualquier otro país del mundo. Recuerden, pues, los pedagogos argentinos la enorme responsabilidad que pesa sobre sus hombros. ¿No es acaso el futuro de nuestra patria? ¡Ah! ¡si no hubiera ese vislumbre de esperanza, sería como para rehusar una nacionalidad que no dignifica!...

§ 55. *La educación doméstica como factor primordial del «carácter nacional».*—Las anteriores consideraciones se refieren á la educación general; volvamos de nuevo á la doméstica, que tanta importancia tiene en la formación del carácter de hombres, familias y pueblos. Según el sistema sajón, el padre debe inculcar á los hijos, como soplo supremo que le inspirará en todos sus actos públicos y privados, la independencia. Enseñará al niño á considerarse una en-

tividad aislada, una potencia individual, con criterio propio para juzgar los hombres y las cosas y con armas propias para vencer en *the struggle for life*. «No consideran que sus hijos les pertenezcan, que sean como una cosa, como una continuación de su personalidad, una especie de sobrevivencia de ellos mismos; no les tratan como niños, desde su estreno, sino como personas adultas, como personalidades aparte; encaminan la educación, más para las necesidades del futuro, que por las preocupaciones del pasado; tienen especialísimo cuidado del desarrollo físico, del desenvolvimiento de la fuerza bruta; les hacen desde muy niños, prácticos en las cosas materiales de la existencia; les hacen aprender generalmente, cuando no manifiestan una imaginación superior, oficios manuales; les enseñan todas las novedades útiles; usan poco, en la forma, de su autoridad imperativa, que empequeñece el espíritu y mata la personalidad, y, sobre todo, (este es el rasgo fundamental de esa enseñanza varonil), los niños aprenden que, llegados á la mayoría, los padres no se encargarán de hacerles su posición.»

He ahí, en Inglaterra, el mejor de los sistemas que pueda imitar la educación doméstica (*home education*); el que forma los hombres más fuertes en *the struggle for life*, las naciones más fuertes en *the struggle for life*. He ahí el más eficaz de los métodos para formar el carácter de los hombres: la independencia en el criterio, la buena fe que da el conocimiento de las propias responsabilidades, la iniciativa que inspira el sentimiento de la individualidad, de las propias fuerzas, del papel que cada uno está llamado á asumir para sí mismo, para su familia y para su patria; y de la formación parcial del carácter de cada uno se forma el total del pueblo, ó sea el *carácter nacional*; la

piedra de toque de todas las grandes concepciones, puesto que una concepción sólo es grande cuando es sincera, y sólo es sincera cuando resume el espíritu de la sociedad que la ha engendrado.

§ 56. *Influencia de las leyes sobre la educación del «carácter nacional»*.—Como la costumbre, la ley también ejerce decisiva influencia sobre el *carácter nacional* y sobre el espíritu de la educación. Y no me refiero aquí á los estatutos que sigue la instrucción pública, cuya influencia sobre la educación es demasiado inmediata y evidente, sino á las demás leyes generales, y especialmente á las que reglamentan la *familia* y la *herencia*.

El rasgo típico de independencia, de individualismo de la educación inglesa, tiene su mejor campo, como se ha dicho, en la *home education*. Pues bien; esa *home education* no sería lo que es, si no tuviera su más sólida base en el modo de ser de la familia inglesa. Dicho modo está sancionado por el derecho civil, el *common law*. El hogar británico es como es, en virtud, en parte, de la *magistratura testamentaria* que ejerce el padre, es decir, de su absoluta libertad en la manera de usar de sus bienes respecto de sus hijos, su derecho pleno de repartir su fortuna en la forma que se le antoje, ya en vida, ya para después de su muerte, y en que no está obligado á establecer á los hijos ni dotar á las hijas. La autoridad paterna resulta entonces mayor; los hijos no pueden esperar una herencia segura; conocen su responsabilidad desde niños, porque desde esa edad se les enseña á que no cuenten más que consigo mismos. De esta manera se da á la individualidad del hijo todo su relieve, se le desenvuelve toda su iniciativa, se le provocan todos sus esfuerzos. Se le obli-

ga á formarse, á perfeccionarse, á respetar más al *magistrado testamentario*, á seguir su ruta personal sin descarriarse de la aprobación paterna; todo lo cual equivale á ejercitar su acción individual sin apartarse de lo que merezca aprobación del *pater familias*. Se le imponen al propio tiempo la iniciativa del que todo lo debe á sí mismo, y la autoridad del padre que puede privarlo de toda herencia. Se da impulso al torrente de su acción personal, y se encauza ese torrente, so pena de desheredamiento, en una línea de conducta.

Esto no es posible en países en que la familia se rige por leyes diversas. Así la *legítima forzosa* que establecen á favor de los hijos el Código de Napoleón y otros muchos que lo siguen, así la obligación impuesta á los padres de establecer á los hijos y dotar á las hijas, son disposiciones que imposibilitan en esos países la existencia de hogares idénticos al modelo del *home inglés*. Creo que para que dé todos sus frutos el sano criterio individualista á la manera anglo-sajona de educación, es indispensable que el *pater familias* ejerza una *magistratura testamentaria* tan absoluta cuanto las circunstancias peculiares del pueblo lo permitan...

§ 58. *Aplicación del problema de la educación del carácter al estado sociológico y las costumbres actuales de la República Argentina.*—Permitaseme un paréntesis personal. Soy argentino, y como tal, me intereso ante todo por los problemas que al futuro de mi patria atañen. Quiero aplicar á su actual estado sociológico y sus costumbres, las doctrinas desenvueltas acerca de la educación del carácter. Por hallarse muchos países hispánicos en situaciones semejantes,

el estudio que haré en este párrafo, á modo de ejemplo, puede serles aplicado. Al efecto, dividiré mis anotaciones en cuatro partes: I, rasgos salientes de la psicología del pueblo; II, las leyes y el sistema educativo; III, el sistema educativo y la política; IV, conclusiones, y V, importancia de la *sugestión de ideales* en la República Argentina. Y procederé á la manera impresionista de un observador *diletanti*, porque no se me podría pedir frialdad crítica para exponer fenómenos que tan hondamente afectan á mi patriotismo.

I. Lo heterogéneo de las razas y costumbres de los hombres que pueblan los vastos y ricos territorios de la República Argentina, su incompleto adaptación al medio geográfico y la carencia de antiguas tradiciones generales, hacen del *carácter nacional* un caos aparente. ¿Será el que precede al génesis? Con todo, ya presentan al psicólogo algunos rasgos, que no me atrevería á clasificar de fugaces, ni menos de definitivos. Analicemos esos rasgos generales, que tal vez ese análisis sea de algún provecho al pedagogo.

En la juventud de la capital, en Buenos Aires, especialmente en la juventud de la clase rica, ha notado un viajero norteamericano, como rasgo característico, un marcado espíritu anticristiano, antihumanitario, de malevolencia y de sarcasmo, empleado sin criterio á favor de cosas pueriles é indignas, y en contra, á veces, de lo que mayor respeto merece. Los rasgos distintivos de esa pseudo-aristocracia serían la incapacidad y la petulancia.

Los pueblos varoniles son siempre ingenuos. En las épocas de conquista las naciones son sinceras y humanitarias; sólo las torpes masas de los pueblos débiles y de los pueblos que decaen, albergan sentimientos de